

BLAISE PASCAL

DISCURSO ACERCA
DE LAS PASIONES DEL AMOR
Y OTROS OPÚSCULOS



En estas páginas se presenta la reunión de cuatro breves ensayos de Blaise Pascal muy poco conocidos hasta ahora. Se trata del *Discurso acerca de las pasiones del amor*, escrito entre 1652 y 1653; el ensayo *Acerca de la conversión del pecador*, de 1653; la *Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades*, de 1659, y los *Tres discursos acerca de la condición de los grandes* de 1660.

Se trata de una breve antología que incitará la lectura y progresivo conocimiento de cualquier lector ajeno hasta hoy a los párrafos, sensibilidad y sabiduría del gran pensador francés. Al mismo tiempo, se trata de un valioso apéndice para quienes ya han recorrido el pensamiento de Pascal a través de los *Pensamientos* o *Las provinciales*. En ambos casos, quedamos convidados al privilegio de leer a uno de los grandes pensadores de la humanidad, cuyos textos —si bien revestidos de una intención eminentemente religiosa— gozan del don de la buena prosa: la lectura sabrosa que se vuelve reflexión sin que sus líneas acusen ni el mínimo ápice del paso de los tiempos.

Índice de contenido

Cubierta

Discurso acerca de las pasiones del amor y otros opúsculos

Prólogo

Discurso acerca de las pasiones del amor (1652-1653)

Acerca de la conversión del pecador (1653)

Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades (1659)

Tres discursos acerca de la condición de los grandes (1660)

Primer discurso

Segundo discurso

Tercer discurso

Sobre el autor

Prólogo

En 1653, Pascal tiene treinta años. Hace diez años que han muerto Galileo, quien primero experimentó con cuestiones relativas al vacío, y Jean Duvergier de Hauranne, abad de Saint-Cyran, maestro espiritual de Port-Royal. Evangelista Torricelli, discípulo del primero, se dedica a investigar dispositivos más cómodos para seguir experimentando, y los Señores de Port-Royal ya piensan en el talento de Pascal para «hacer algo» frente a los embates del Vaticano. Dividido entre un «vacío», mejor conocido como presión atmosférica, y el vacío que solo la fe puede abrazar, Pascal realiza, en cuanto al primero, experimentos exitosos en el Puy-de-Dôme, cerca de su natal Clermont-Ferrand, y en París, desde lo alto de la torre de Saint-Jacques-de-la-Boucherie, de lo cual nos quedan hoy el barómetro, la famosa Tour Saint-Jacques, ya sin su iglesia, y su tratado *El vacío, el equilibrio de los líquidos y la gravedad del aire*; en cuanto al segundo, ya ha ido hasta entregar a los Señores de Port-Royal buena parte de su herencia y continúa ofreciéndoles lo mejor de su talento, de lo cual nos quedan hoy *Las provinciales* y el recuerdo de la orden de Luis XIV (1710) de echar abajo hasta la última piedra de la abadía de Port-Royal, incluyendo los huesos del mismo Pascal, arrojados a los perros con los de otros señores. Cincuenta y siete años antes, en 1653, Pascal escribe su «Discurso acerca de las pasiones del amor». Falta un año para que le sea otorgado a sus merecimientos el «fuego» de la noche mística del 23 de noviembre de 1654.

A diferencia de Ludwig Wittgenstein, que dejó de ser ingeniero para dedicarse a la filosofía; de Robert Schumann, que prefirió ser pianista y compositor y dejó la poesía; de Paul Klee, que se decidió por la pintura y no por el violín, Blaise Pascal, acaso más cerca de Leonardo que de Teilhard de Chardin, ejerció hasta sus últimas consecuencias los dones que recibió. El carácter contrario de los mismos está inmejorablemente descrito en sus textos como oposición y exclusión recíproca del «espíritu de geometría» y del «espíritu de fineza»: en el mundo coexisten y se oponen encarnados en seres distintos, pero juntos en él, son los polos de una vertiginosa dinámica interior que los encara y busca trascenderse. El factor de trascendencia solo podrá perfilarse como una experiencia de la trascendencia misma. Ese perfil quema cuando es el «fuego» de la experiencia religiosa y corta cuando la razón, no conforme con especular y sintiendo cruelmente la ausencia divina, ya tan solo puede especular y apostarle a la existencia de Dios. Ante el vértigo y el silencio indiferente de los infinitos, físicos y metafísicos, llegan a parecer clementes los términos de semejante apuesta: si ganamos, lo ganamos todo; si perdemos, no perdemos nada...

Pero ¿qué significa apostar?... ¿Se pueden abrazar los misterios de la fe con solo renunciar a las arquitecturas del pensamiento? La gracia que Dios a veces otorga desde el misterio de la predestinación prohíbe responder estas preguntas y solo la experiencia tiene la última palabra. En espera y en búsqueda de su anhelada incidencia, Blaise Pascal no solo demostró en orden, siendo aún muy joven, treinta y dos axiomas de Euclides, y más tarde estudió conos, triángulos, cuadrados mágicos, la cicloide, el vacío y el equilibrio de los líquidos, sino que también inventó la calculadora, hizo posible el barómetro e ideó la carroza de cinco centavos, que hoy conocemos con el nombre de autobús. Curiosamente, en el ámbito de la experiencia religiosa, los hechos concretos no son menos patentes: la vi-

vencia mística de la noche del 23 de noviembre de 1654, la sanación milagrosa del ojo izquierdo de su sobrina y ahijada Margarita, la profesión de votos de su hermana Jacqueline en Port-Royal, o su participación activa en las controversias teológicas con Roma. Pero acaso más concretos para nosotros son sus escritos de naturaleza o implicaciones religiosas: *Las provinciales*, buena parte de los *Pensamientos*, los *Escritos sobre la gracia* y su vasto proyecto de una *Apología de la religión cristiana*. La tensión de todas las facultades que significa vivir y pensar literalmente al borde del vacío les confiere a los escritos de Pascal esa cualidad única, que muchos llaman su «estilo», y que consiste esencialmente en una comprensión sintética del razonamiento, casi matemática, al grado de prescindir de andamiajes y reiteraciones innecesarios, pero en aras de poner en juego la mayor cantidad de variables y excepciones. Esta fragmentación del discurso, a la que Nietzsche también llegará (y por motivos similares), no es, sin embargo, el estado final que Pascal deseaba: los *Pensamientos* son apuntes en vistas a un trabajo orgánico que nunca llegó a redactar. Pero, no por ello, dejan de ser el mejor testimonio de los procedimientos y contigüidades de su pensamiento y de su experiencia. Por este motivo, destacan su «fineza» psicológica, tanto hacia el lector como hacia sí mismo, y las elegancias de la elusión, no solo visible bajo forma de espacios en blanco entre los fragmentos, sino en el cuerpo mismo del texto, bajo forma de pensamientos implícitos y cambios bruscos de registro.

En el «Discurso acerca de las pasiones del amor» estas características son notables. Más de una de las circunstancias que detalla el texto nos retratan de manera punzante y no puede dejar de sorprendernos que Pascal las conociera tan íntimamente. Los atisbos explicativos que intuye para dar razón de la estructuración de nuestras relaciones pasionales con el mundo o, con lenguaje especializado, de lo que el psicoanálisis entiende como la relación de objeto,

trazan en orden la constitución de lo que Freud llama *ideal del yo*, en una visión cuya pertinencia no deja de recordarnos su proeza geométrica con los axiomas de Euclides. En el texto, casi no aparece la palabra deseo, pero si se la sobreentiende cada vez que se lea la palabra amor, se verá que esta pertinencia abarca la mayor parte del «Discurso...» y que su lectura se torna aún más actual de lo que podría parecer. No faltan contradicciones ni paradojas, algunas de las cuales, si bien han sido padecidas por muchos amantes, poco o nada han sido destacadas por pensadores y literatos. Sorprende que, en unas cuantas páginas, pueda dibujarse, entre blancos y silencios, una visión tan compleja del amor y sus avatares, en la que cada afirmación no deja de implicar su negación y en la que cada logro supone un nuevo reto.

Sin embargo, la autenticidad del «Discurso acerca de las pasiones del amor» ha sido cuestionada desde que Victor Cousin lo descubrió en 1843. Muchos universitarios e investigadores de esa época coincidieron con Victor Cousin en atribuírselo a Pascal. Pero ya las voces del abad Flottes, de Sainte-Beuve, de Brunetière y de Gazier cuestionaron esta atribución. A partir de 1920, los escépticos se volvieron más numerosos: Pommier, Neri, Brunet, Boudhors, Busnelli y Lafuma negaron que este texto fuera de la pluma de Pascal, argumentando que, hacia 1664, el juego de las «preguntas de amor» causó furor en los salones y que parece poco probable que Pascal hubiera redactado un compendio con esta temática entre 1652 y 1653, además de que, según ellos, muchas observaciones no solo se inspiran en términos acuñados años más tarde en los *Pensamientos* (1670), sino que se encuentran en autores como La Rochefoucauld (1665) y Malebranche (1678). La pregunta quedará sin respuesta mientras no se halle nueva evidencia documental. Sin embargo, resulta difícil considerar la posibilidad de un imitador, que no solo reprodujera con brillantez los giros estilísticos de Pascal, sino que también tuviera el mo-

tivo y la genialidad para encarnar en su época a un sujeto capaz de pensar y de sentir como Pascal. Afortunadamente, sea como fuere, la calidad y la audacia de estos fragmentos nos permiten incorporarlos a nuestras «preguntas de amor» y tenerlos, en más de una ocasión, por respuestas memorables.

Muy otras son las tesis y las preguntas que plantean los otros tres opúsculos de Pascal que contiene este volumen. Mucho más afines, en mayor o menor medida, a las preocupaciones morales que han hecho la celebridad de los trabajos de Pascal, siguen siendo, sin embargo, ejemplos comprimidos de la manera según la cual el autor es capaz de tratar de convertir al pecador confeso o convencer al noble que debe ser iniciado paso a paso, sin olvidar la sublime plegaria a Dios que Pascal eleva desde los terribles sufrimientos de su enfermedad. Los modos de razonar y concluir son los mismos: breves y brillantes, concisos y reveladores. Lo que puede resultar de gran interés para el lector es su aplicación diversa: ya sea con el fin de iniciar al pecador confeso en los pasos que deberá seguir para desprenderse del mundo ilusorio en el que ha vivido, ya sea en la íntima oración de un doliente resuelto a no cejar en su intento de vencer el dolor y darle significado, ya sea en los procedimientos discursivos destinados a suscitar el despertar de la conciencia de un noble de alto rango.

La autenticidad del texto «Acerca de la conversión del pecador» no presenta la menor duda, ya que está incluido en el manuscrito de Périer, cuyo contenido tan solo reagrupa textos de Pascal, aunque el padre Pierre Guerrier se lo haya atribuido en un principio a Jacqueline Pascal. La fecha de su redacción debe ser ubicada, casi sin margen de error, hacia finales de 1653, periodo durante el cual, según su hermana Jacqueline, Pascal ya no podía evitar sentir «una aversión extrema respecto a las locuras y diversiones de este mundo», lo cual, por cierto, contribuye a comprender mejor el interés de Pascal por los pormenores de las pasio-

nes del deseo descritas en el «Discurso acerca de las pasiones del amor». Todo en él nos habla de la aplicación de una doctrina radical en materia de enfrentamiento a la verdad de nuestra condición. Sin embargo, no deja de llamar la atención, en un contexto afín a la fundación del sujeto cartesiano, la insistencia del autor en definir la prueba de la entrega del alma propia a su Creador como un movimiento del alma que se define por su capacidad de renunciar *motu proprio* a esta su decisión más radical, contrariamente a la renuncia a los bienes del mundo, los cuales, de todas formas, habrán de sernos inevitablemente arrebatados, sin importar con cuánta vehemencia nos aferremos a ellos.

En relación con la «Oración para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades», sabemos que existe una redacción manuscrita de esta plegaria en la «Antología Conrart», que circulaba en Port-Royal desde 1662, ya que, poco tiempo después de la muerte de Pascal, la madre Ángelica de San Juan (Arnauld d'Andilly) menciona en una carta que trataba de encontrar cierto consuelo en su lectura. Fue impresa, por vez primera, en los Tratados varios acerca de la piedad (Colonia, 1666). Aunque en esta edición se afirma que Pascal la redactó «siendo aún joven», lo cual indujo a pensar que debió haber sido escrita entre 1647 y 1648, Gilberte Périer, en su Vida de Pascal, indica con toda claridad que no puede ser anterior a 1659:

No se puede conocer mejor la situación particular a la que sus sufrimientos lo habían reducido, a causa de todos los padecimientos que tuvo que soportar durante los últimos cuatro años de su vida, si no es través de esta oración admirable que nos ha legado y que redactó durante dicho periodo para pedirle a Dios el buen uso de las enfermedades.

En este texto conmovedor, el lector encontrará en un tono amplificado, acaso de modo más abrupto que en sus famosos *Pensamientos*, esa voz personal, tan característica de Pascal, en pleno trance de seguir esforzándose por razonar, pero sometida al apremio causado por el padecimiento y el constante agravamiento de su condición valetudinaria. Notables son las descripciones de los vaivenes de las resistencias de su deseo, aunque confiesa seguir sufriendo cada vez más, a pesar de su determinación por seguir un camino ascético de renuncia total, con el ambicioso fin de merecer que los dolores atroces de su cuerpo lleguen a convertirse en felicidades de su alma.

Finalmente, los «Tres discursos acerca de la condición de los grandes» vieron la luz pública en 1670, incluidos en el *Tratado acerca de la educación de un príncipe*, firmado por el Señor de Chanterresne, uno de los muchos seudónimos de Pierre Nicole, bajo el título de «Discurso del difunto Señor Pascal acerca de la condición de los Grandes». Durante muchos años se dudó si fue redactado entre 1659 y 1660, pero, a fin de cuentas, todo indica que es más acertado ubicar su redacción hacia el último trimestre de 1660, ya que, en 1659, el estado de salud de Pascal le prohibía cualquier actividad intelectual sostenida. Dos anotaciones que se encuentran en sus propios cuadernos garantizan la autenticidad de estos discursos. Según A. Gazier, el joven duque a quien Pascal se dirige sería Charles-Honoré de Chevreuse (1640-1712), hijo del duque de Luynes. En estos tres discursos podemos leer a un Pascal más didáctico, menos combativo y amenazador, aunque siempre tajante en sus planteamientos. Si bien las consecuencias de sus postulados no pueden ser controvertidas mediante sofismas o argumentos filosófico-mundanos, la elegancia con la cual el autor deja que el duque saque sus propias conclusiones nos muestra una faceta más cercana a los giros elusivos del «Discurso acerca de las pasiones del amor» que a la violenta argumentación de los otros dos opúsculos.

En suma, pueda esta reunión de cuatro pequeños y muy probablemente desconocidos textos de Pascal enriquecer al lector de los *Pensamientos* y de *Las provinciales*. Nada nuevo o diferente hallará en ellos, si no son los detalles y las variaciones en las tonalidades de sus más famosas elaboraciones. Pero para quien lo aborde por vez primera no dudo que esta antología pueda ser una introducción capaz de suscitar el deseo de conocer sus textos más famosos. Sin embargo, tratándose de un espíritu de la talla de Pascal, como sucede con el de todo gran escritor, y aunque su preocupación preponderante fue de carácter eminentemente religioso, cualquier texto de su pluma reviste el interés del estilista sin par y nos reserva los hallazgos que casi en cada párrafo supo plasmar y sustentar uno de los escritores y pensadores más singulares que, sin importar el tiempo que ha transcurrido desde los años que lo vieron y escucharon, podamos tener todavía el privilegio de leer.

Discurso acerca de las pasiones del amor (1652-1653)



El hombre nació para pensar, por lo cual ni un momento deja de hacerlo. Pero los pensamientos puros, aquellos que lo harían feliz si pudiera sostenerlos siempre, lo cansan y lo abaten. Sería una vida unitiva en la que no sabe hallar acomodo. Quiere acción, le son necesarias pasiones que lo agiten y le hagan sentir en su corazón sus raíces tan vivas y tan profundas.

Las pasiones más propias del hombre, origen de muchas otras, son el amor y la ambición. No tienen que ver entre sí, aunque a menudo anden de la mano. Pero se debilitan recíprocamente, por no decir que se anulan.

Sea cual fuere la grandeza de espíritu que se tenga, únicamente se podrá nutrir una sola gran pasión. Por ello, cuando el amor y la ambición se encuentran juntos, solo son la mitad de lo que serían si no estuvieran ambos. La edad no influye ni en la aparición ni en el fin de estas dos pasiones: nacen en los primeros años y subsisten muy a menudo hasta la tumba. Sin embargo, como requieren mucho ardor, los jóvenes las padecen más y parecieran deber perder fuerza con los años. Pero esto sucede muy rara vez.

La vida del hombre es miserablemente corta. Se lleva la cuenta desde que se ve la luz. Por mi parte, yo no contaría más que a partir del nacimiento de la razón, a partir del momento en que la razón nos sacude, lo cual no suele su-

ceder antes de los veinte años. Antes se es niño. Y un infante no es un hombre.

¡Qué feliz es una vida si empieza con el amor y termina por la ambición! Si pudiera escoger una, esa sería. Mientras hay fuego, se es amable; pero ese fuego se apaga, se pierde: ¡qué amplio y hermoso le queda el lugar a la ambición! La vida tumultuosa les es agradable a los grandes espíritus y no hay placer en ella para los mediocres. Siempre son máquinas. Por ello, si el amor y la ambición comienzan y terminan la vida, se está en el estado más feliz que puede alcanzar la naturaleza humana.

Cuanto más espíritu se tenga, tanto más grandes serán las pasiones, ya que no siendo estas sino sentimientos y pensamientos, propios únicamente del espíritu, aunque causados por el cuerpo, resulta evidente que ya tan solo serán puro espíritu y que, de esta manera, lo colmarán a toda su capacidad. Me refiero exclusivamente a las pasiones de fuego, ya que las demás suelen fundirse a menudo juntas, causando una confusión sumamente incómoda. Pero esto nunca les sucede a los que tienen espíritu. Todo es grande en un alma grande.

Algunos se preguntan si hay que amar. Eso no debe ser una pregunta: solo puede sentirse. Acerca de eso no se elaboran conjeturas: tan solo se es proclive y, en caso de mucho preguntar, puede uno ganarse el placer de haberse equivocado.

La claridad del espíritu implica también la claridad de la pasión, por lo cual, si un espíritu grande y preclaro ama con ardor, por lo mismo ve con toda nitidez aquello que ama.

Existen dos tipos de espíritu, uno geométrico y otro que puede ser llamado de fineza. El primero experimenta alcances lentos, duros y rígidos; el otro, en cambio, manifiesta una flexibilidad de pensamiento que destina siempre a las diversas partes amables de lo que ama. De los ojos llega hasta el corazón; por lo exterior conoce lo interior. Cuando ambas formas de espíritu coexisten, ¡cuánto placer procura

el amor! Porque se tienen a un tiempo la fuerza y la flexibilidad del espíritu, esta última muy necesaria para que dos personas puedan ser elocuentes.

Nacemos con un tipo de amor en nuestros corazones, que se desarrolla a medida que el espíritu se va perfeccionando y que nos conduce a amar aquello que nos parece bello sin que nadie nos haya dicho en qué consiste. ¿Quién puede pues dudar que estemos en el mundo para otra cosa que no sea amar? En efecto, por más que nos escondamos, seguiremos amando. Hasta en aquellas cosas de las que parece que el amor ha sido sustraído, el amor mora secretamente y a escondidas, y resulta imposible que el hombre pueda vivir un momento sin él.

Al hombre no le gusta quedarse consigo mismo. Pero ama. Debe pues buscar en otra parte algo que amar. No puede hallarlo más que en la belleza. Pero como él es la criatura más bella que Dios haya formado, tiene que encontrar en sí mismo el modelo de la belleza que busca por fuera. Cualquiera puede advertir en sí mismo sus primeros destellos y, según si los que provienen de fuera se les adaptan o no, así se van formando las ideas que uno tiene acerca de lo bello y lo feo en todas las cosas. De este modo, aunque el hombre trate de encontrar con qué llenar el gran vacío que ha abierto al salir de sí mismo, no podrá satisfacerse con cualquier tipo de objeto. Su corazón es demasiado grande. Debe ser, por lo menos, algo que se le parezca y que se le acerque lo más posible. Esta es la razón por la cual la belleza que puede contentar al hombre no estriba únicamente en la conveniencia, sino también en el parecido: lo restringe y lo encierra en la diferencia de los sexos.

La naturaleza ha sabido imprimir tan bien esta verdad en nuestras almas que todo nos parece haber sido dispuesto de antemano. No son necesarios arte ni estudio. Hasta parece que tuviéramos un papel que desempeñar en nuestros corazones y que ello efectivamente sucediese. Pero es

más lo que se siente que lo que puede decirse. Solo quienes confunden y desprecian sus propias ideas dejan de percibirlo.

Aunque esta idea general de la belleza se encuentre grabada en el fondo del alma con letras imborrables, no deja de experimentar grandes diferencias en su aplicación particular, pero únicamente en cuanto a la manera de concebir lo que gusta. En efecto, no se desea de modo desnudo una belleza, sino que se le piden mil circunstancias que dependen de la posición en la que uno se halle y por ello puede decirse que cada quien tiene el original de su belleza, cuya copia va buscando por el ancho mundo. Sin embargo, son las mujeres quienes determinan a menudo este original. Como ejercen un poder absoluto sobre el espíritu de los hombres, son capaces de subrayar las bellezas parciales que poseen o las que estiman y, de este modo, le añaden cuanto les gusta a esta belleza radical. Por este motivo, hay un siglo para las rubias como otro para las morenas, y la división de opiniones respecto a unas y otras es también la que divide a los hombres en un mismo momento respecto a unas y otras. La moda misma y los países rigen a menudo lo que llamamos belleza. No deja de ser extraño que las costumbres se entrometan tanto en nuestras pasiones. Lo cual no impide que cada quien tenga su concepto de belleza, con el que juzga a los demás y al que los refiere: con base en este principio, a un amante le parece más bella su propia amante y la erige como ejemplo.

La belleza tiene mil rostros diferentes, pero quien mejor lo sostiene es sin duda una mujer. Cuando además tiene espíritu, la anima y sazona maravillosamente. Si una mujer quiere gustar y posee las ventajas que otorga la belleza, o parte de ellas, triunfará. Y si no lo intenta, por poco que los hombres se fijen en ella logrará enamorarlos e instalarse en ese lugar de espera que todos tienen en sus corazones.

El hombre nace para el placer: lo siente y no le es necesaria ninguna otra prueba. Obedece pues a su razón al en-